

EL FUTURO DE TAIWAN VISTO DESDE TAIPEI Y PEKIN

Yu-ming Shaw y Guo Cang Huan

Desde cada lado del Estrecho de Taiwan, los autores de los siguientes ensayos exponen los temores y las amenazas que representa la división de las dos Chinas, el peligro largamente contenido de la invasión a Taiwan por parte de China Continental, así como, finalmente, la esperanza que une en el fondo los corazones de todos los chinos de ver algún día la reunificación de su pueblo, ligado por la tradición milenaria de una sola cultura nacional.

* * *

I. Taiwan: panorama desde Taipei

Yu-ming Shaw

LA REPUBLICA DE CHINA tiene una personalidad internacional bastante especial. Fue miembro fundador de las Naciones Unidas, y sin embargo, desde 1971 dejó de pertenecer a esa organización y a sus agencias especializadas. Ha logrado impresionantes éxitos en desarrollo político, económico y social y en ciencia y tecnología — de hecho, la República de China actualmente se considera como uno de los países más desarrollados dentro del grupo de las naciones en vía de desarrollo. Sin embargo se le ha pedido que se retire del Banco Mundial, de la Organización Mundial de la Salud, de la UNESCO, de la *Agencia Internacional de Energía Atómica* y de otros organismos internacionales. Hasta su derecho a pertenecer al Banco de Desarrollo Asiático está en peligro.

A pesar de estos inconvenientes, la República de China en Taiwán goza de múltiples contactos con muchas naciones y entidades internacionales. Todavía la reconocen veinticinco países, y mantiene relaciones (verdaderas a pesar de su carácter extraoficial) con 140 más. Unas veintiún naciones tienen representación oficial en Taiwán, y la República de China mantiene noventa delegaciones oficiales y extraoficiales en el exterior. Es miembro de diez organizaciones internacionales a nivel gubernamental y de 656 organizaciones internacionales no gubernamentales.

Sede del Partido Nacionalista Chino (el Kuomintang) desde 1949, cuando las fuerzas del generalísimo Chiang Kai-shek abandonaron el continente,

Taiwan queda a 160 kilómetros de la tierra firme. Su población de 18.7 millones se extiende sobre un área de 22.500 kilómetros cuadrados y constituye una de las economías de comercio e industria libre más dinámicas del Asia.

Por años la China Popular ha intentado disminuir la importancia internacional de la República de China sin lograrlo. Incluso en 1982, el Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Popular de China envió una circular a todas las embajadas extranjeras en Pekín, exigiendo promesas de que no establecerían oficinas en Taiwan ni permitirían que dicho estado tuviera representación oficial o extraoficial en sus países.

La República de China ha podido mantener una vigorosa existencia internacional por varias razones. En primer lugar, ha ejercido soberanía en Taiwan y Penghu (Pescadores) y en las islas de Kinmen (Quemoy) y Matsu en el Estrecho de Taiwan durante las últimas cuatro décadas. Además, la República de China ha proporcionado al mundo substanciales beneficios comerciales y culturales. Y el país cuenta con el apoyo y respeto de la mayor parte de las comunidades chinas de ultramar y de la China continental: en los últimos tiempos, más de 2.5 millones de refugiados del comunismo chino ha escogido a Taiwan como su asilo de libertad. En cuarto lugar, a pesar del reducido tamaño y la pequeña población de la República de China (en comparación con la República Popular), la historia de sus logros ofrece una alternativa a la trayectoria de mal gobierno y crueles arbitrariedades que ha caracterizado al comunismo del continente.

II

CAMBIOS RECIENTES EN LA POLITICA interior y exterior de la China Popular han producido alivio y grandes esperanzas en la mayor parte del mundo: alivio de ver que la fase "revolucionaria" de la revolución comunista china parece haber llegado a su fin, y esperanzas de ver surgir una China más estable y autosuficiente que ofrezca una mayor contribución al orden mundial. Según muchos observadores occidentales, la vieja idea de una amenaza comunista china ha perdido su validez.

Sin embargo, para la República de China, la amenaza persiste. Algunos occidentales se alegraron cuando Deng Xiao Ping anunció la "anti-hegemonia" como una de las principales tareas para la década de los ochenta. Pero las gentes de Taiwán vieron con aprehensión que, al lado del proyecto de modernización, figuraba también la palabra "reunificación". Efectivamente, la constitución de la República Popular de China, tal como fue enmendada en 1982 (por cuarta vez desde 1949), proclama explícitamente la reunificación de Taiwan con el continente como una de sus metas políticas.

Lo que es más, Pekín no ha renunciado en ningún momento a aquel "derecho soberano" que le permitiría emplear la fuerza para lograr ese propósito. El balance militar en el Estrecho de Taiwan ha sido ampliamente analizado: la China comunista goza de una vasta superioridad cuantitativa y es capaz de llevar a cabo todo tipo de ataques contra la República de China. Sin embargo, se dice que los jefes políticos de la China Popular se ven obligados a tener en cuenta consideraciones de más largo alcance, tales como la reacción de los Estados Unidos, la Unión Soviética, Vietnam y Japón;

y siendo sensatos y atentos al resultado de costos y beneficios, no intentarían una invasión a menos que se presentaran contingencias hasta ahora imprevistas que los obligaran a tomar esa decisión.

No podemos darnos el lujo de despreocuparnos ante esa posibilidad. La República Popular de China sigue modernizando su capacidad de defensa — inclusive con asistencia de los Estados Unidos en varios campos — mientras que el comunicado conjunto del 7 de agosto de 1982 por parte de los Estados Unidos y la República Popular de China no permite que Taiwan compre armas de avanzada tecnología, tales como los mejores aviones de combate, a los Estados Unidos. De este modo el margen cualitativo que supuestamente tendría la República de China por fuerza irá desapareciendo. Además, la República Popular comienza a gozar de la favorable posición de perseguida en vez de perseguidora dentro del triángulo Estados Unidos — Unión Soviética — República Popular de China. En la década venidera, los impedimentos estratégicos talvez no constituyan un preventivo tan fuerte contra una agresión a Taiwán. Finalmente, los jefes comunistas no son menos inmunes a disparates o errores de cálculo que los capitalistas. Basta pensar en el ataque de Corea del Norte a Corea del Sur en 1950 o en la costosa campaña de la China comunista contra Vietnam en 1979 — para citar sólo dos ejemplos. De modo que las políticas de la República Popular China obedecen tanto a necesidades y oportunidades nacionales y/o ideológicas como a cálculos racionales de costos y beneficios.

Como parte de la política de “reunificación” de Pekín, la República Popular está maniobrando internacionalmente, con especial interés en los Estados Unidos. Su estrategia, mal comprendida en Occidente, es de dos filos. En primer lugar, Pekín trata de promover la imagen de “sensatez” al buscar una política de paz con Taiwán. La avalancha de propuestas que comenzó el primero de enero de 1979, el mismo día en que se establecieron relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y la República Popular de China, tenía como objetivo crear un récord de numerosas “ofertas de paz”. Pero, al mismo tiempo que hacía estas propuestas, la China Popular consistentemente presionaba para limitar las actividades diplomáticas, económicas y aún deportivas y culturales de la República de China. Estas tácticas han fomentado desconfianza e indignación entre los taiwaneses, los cuales están decididos a continuar siendo miembros vivos y sanos de la familia de naciones.

III

PARA DESCONCIERTO DE LOS OCCIDENTALES, y a pesar de muchos obstáculos diplomáticos, la República Popular insiste en que haya una sola China. La idea no es irracional: la impulsa tanto la convicción como la necesidad.

“China” es el nombre de un país y el símbolo de un sistema cultural, del cual el Confucianismo fue por mucho tiempo el ingrediente básico. El Confucianismo es el pensamiento que por siglos ayudó a preservar la continuidad de la cultura china, la fuerza que siempre ha impulsado los progresos de su pueblo. A fines del siglo diecinueve, la cultura tradicional china se vio enfrentada a una poderosa ofensiva de influencia occidental. En los últimos cien años, el país ha venido luchando por reconciliar la cultura occidental con la propia.

Al desarrollarse bajo dos sistemas diferentes a cada lado del Estrecho de Taiwán, la cultura china evolucionó en dos direcciones desde 1949. En el continente, el comunismo, herejía dentro de la civilización occidental, se convirtió en dogma oficial, y los de ese partido en repetidas ocasiones han tratado de destruir la cultura china tradicional. Al mismo tiempo, la República de China, en Taiwán, ha implementado una educación universal y moderna, importando con éxito ideas y costumbres occidentales, sin abandonar su patrimonio cultural.

Muchos expertos en ciencias sociales opinan que la modernización de Taiwán ha tenido éxito principalmente por los esfuerzos que se han hecho para preservar el contenido y la forma de la cultura china al mismo tiempo que se incorporan elementos de la cultura occidental, siempre y cuando sean apropiados y produzcan beneficios. Mi opinión es que la experiencia de Taiwán puede servir de modelo para la China comunista, y que la síntesis cultural de Taiwan puede llegar a ser la corriente principal de la cultura china del futuro.

Desde la antigüedad, la idea de una sola nación unida está profundamente grabada en la mente de cada chino. La civilización china es talvez la única entre las grandes civilizaciones del mundo que se ha distinguido por una sola línea constante de identidad cultural. Los periodos de división política nunca pasaron de ser simplemente intervalos entre larguísima períodos de unión. En realidad, las luchas entre grupos políticos en distintos momentos de la historia están frecuentemente relacionadas con rivalidades entre quienes se sentían con derecho a representar toda la nación — política, legal o moralmente. El actual conflicto entre las dos Chinas encaja dentro de este patrón. Es una lucha por el poder, pero también por el reconocimiento de la legalidad cultural y política. Bajo el peso de la historia, ni la República de China ni la República Popular de China se atreverían a olvidar su ideal de una nación única, y ambas proclaman su legitimidad como entidad china.

Si Taiwán sucumbiera a una política de división y declarara su independencia, es probable que provocara un ataque desde el continente. No solo se intensificaría el conflicto entre los diversos grupos políticos dentro de Taiwán sino que inmediatamente surgiría la idea de cambiar de autoridad política. El partido mayoritario, el Kuomintang, viene recibiendo más del 70% de los votos electorales desde hace tres décadas, cosa bastante admirable si se piensa que más de las tres cuartas partes de sus miembros ya son taiwaneses de nacimiento. Si por cualquier razón la República de China declarara su independencia, los grupos activos de oposición, que se hicieron sentir enormemente durante la obstaculización diplomática de fines de los años setenta, tratarían de aprovechar la situación para ganar poder. Una vez desarrollada esta confrontación, la estabilidad política y social, que ha sido la base misma del progreso de Taiwán por años, dejaría de ser posible.

Por esta razón la República de China cree que, manteniendo su política de insistencia en una China única, no solo evita esos peligros de inestabilidad sino que puede seguir esperando que sus logros en Taiwán eventualmente conquisten el respeto y apoyo de todo el pueblo chino.

Taipei ha intentado una política de flexibilidad en varias ocasiones, aun dentro de su posición inalterable de legitimidad china. Acordó, por ejem-

plo, participar en los Juegos Olímpicos de 1984 y en la décima tercera serie del Campeonato de Béisbol (Australia, enero de 1985) bajo el nombre de "Taipei Chino". El gobierno de la República de China en Taipei también ha impulsado la participación activa en organismos internacionales no gubernamentales, aun comprometiéndose a no emplear su nombre oficial y no ostentar su bandera, con la esperanza de ampliar sus nexos con otras sociedades. Sin embargo, la flexibilidad tiene un límite. Mientras se trate de una reunión de tipo no-gubernamental, la República de China está dispuesta a plegarse. Pero si la reunión es entre gobiernos, o de carácter oficial, Taiwán exige el derecho de usar su nombre nacional y su propia bandera.

Tampoco puede la República de China darse el lujo de entrar en negociaciones oficiales de ninguna clase con la República Popular China. La política interna en Taiwán es un asunto delicado y confrontacional, y cualquier indicio de negociación de su gobierno con la China comunista acerca de su porvenir haría que inmediatamente estallara una oposición masiva. Aunque el pueblo de Taiwán desea una China unida, esta debe estar de acuerdo con sus propias exigencias, no las de la República Popular. Cualquier intento de negociación con ella sería un suicidio para el gobierno nacionalista mientras ella mantenga su tradición esencial de estado comunista.

IV

VARIAS CUESTIONES PENDIENTES AFECTAN LA SEGURIDAD FUTURA de la República de China. La más inmediata es la de Hong Kong. En vista de que la República Popular de China obviamente piensa emplear la fórmula de Hong Kong para resolver el problema de Taiwán, el Primer Ministro de la República de China, Yu Kuo-hwa declaró en septiembre pasado que su país no reconocería el acuerdo del Reino Unido y la República Popular sobre Hong Kong que finalmente fue firmado el 19 de diciembre de 1984 y en el cual se concede a Pekín la soberanía sobre la colonia británica a partir de 1997. La República de China se considera como el gobierno legal de China y considera a los chinos de Hong Kong como sus ciudadanos de ultramar. Además de su legítima preocupación por la suerte del pueblo de Hong Kong, la República de China también tiene en cuenta el significado político y económico de ese territorio. La revolución de Sun Yat-sen en 1911 tuvo sus comienzos en Hong Kong; desde allí fue llevada a Cantón, y de Shanghai al interior del Valle del Yangtze, hasta establecerse finalmente la República de China en 1912. Tomando el pasado como espejo del futuro, la República de China cree que Hong Kong podría servir cada vez más como trampolín para extender la influencia capitalista democrática y de libre empresa en el continente chino.

La República de China espera que las personas que escojan permanecer en Hong Kong puedan seguir viviendo en libertad y prosperidad, y para esto se propone extender su apoyo y asistencia. En su declaración de septiembre, el Primer Ministro Yu reiteró que Taiwán abría sus puertas a los residentes de Hong Kong que quisieran establecerse allí, a quienes prometió visas de múltiple entrada por un año y el derecho a retirar dinero del Banco Taiwanés de la costa continental. También los invitó a educar sus hijos en Taiwán.

Hay otros dos asuntos que frecuentemente se discuten cuando se habla de las respuestas de la República de China a las amenazas de la China Popular contra su seguridad. Una es si la República de China debe hacerle el juego a la Unión Soviética. La otra, si debería desarrollar armas atómicas. La respuesta a ambas preguntas es "no".

Para el gobierno de Taiwán, volverse hacia la Unión Soviética sería un engaño. Su supervivencia y posible victoria sobre el comunismo chino depende de su capacidad para mantener el respeto y la buena voluntad de sus compatriotas en el continente. Si la República de China llegara a recurrir a una alianza táctica con la Unión Soviética, su imagen de estado chino, defensor del nacionalismo de su pueblo, quedaría destruida. En cuanto a su posibilidad de convertirse en potencia nuclear, el gobierno de Taiwán ha rechazado esa opción durante muchos años por tres razones básicas. En primer lugar, sería crear un buen pretexto para que la República Popular de China tomara represalias militares. En segundo lugar, sería impensable e imperdonable que la República de China empleara tales armas contra sus hermanos del continente. En tercer lugar, el costo ascendería a cifras tan prohibitivas que el desarrollo económico de la isla se vería seriamente afectado.

Al descartar esas dos alternativas, la seguridad de la República de China no puede depender sino de dos tipos de esfuerzo: hacer lo posible por adquirir armas modernas de los Estados Unidos y otros países, y desarrollar su propia industria de defensa.

El poderío militar de la República Popular crece rápidamente y ha creado una importante concentración de fuerzas en su orilla del Estrecho de Taiwán. La República Popular despliega más aviones — De combate, de reconocimiento o bombarderos — contra la República de China que contra la Unión Soviética. Actualmente la República Popular cuenta con unos 5.300 aviones de guerra, comparados con poco más de quinientos que tiene la República de China. Si las peticiones de la República de China para obtener aviones y submarinos más modernos, y de otros tipos de maquinaria militar, no son atendidos prontamente, el desbalance de seguridad se tornará amenazante. Si además se piensa en la superioridad de la China comunista en armas nucleares, submarinos y barcos de guerra para grandes superficies, y en su cantidad masiva de tropas, el panorama se oscurece aún más para la defensa de Taiwán. En vista de la situación, el gobierno ha otorgado prioridad al establecimiento de un alto grado de independencia en su producción doméstica de armamentos.

Confrontada con las fuertes presiones y hábiles tácticas de los comunistas chinos, Taiwán cuenta con poco espacio para maniobrar y aún menor margen para cometer errores. Su debilidad y supuesta inflexibilidad no se deben a una falta de esfuerzo sino al carácter especial del ambiente político en que vive. Su fuerza se debe menos a sus varios esfuerzos tangibles que a una profunda conciencia histórica de que su existencia y su causa a la larga valdrán la pena.

V

LA REPUBLICA DE CHINA EN TAIWAN REPRESENTA la culminación de un siglo de esfuerzos para lograr la "modernización", y la "democratización", y ofre-

ce una alternativa viable al experimento comunista del continente. Es también un bastión estratégico en el Pacífico occidental.

La República de China ejerce control jurisdiccional no solo sobre las Pescadores sino también sobre las islas de Kinmen, Matsu, Tung-yin, Wuchiu, Pratas y Spratlys. Estas islas están ventajosamente situadas a lo largo de las principales vías marítimas de la cuenca del Pacífico y las que conectan el Océano Pacífico con el Océano Índico. Las vías marítimas que circundan el Japón, las Islas Rynkyn (Okinawa), Taiwán, las Filipinas, Singapur, Malasia e Indonesia son de vital importancia, no solamente para los Estados Unidos sino para todas las naciones libres del Asia Oriental. Los puntos donde una obstrucción sería peligrosa son los estrechos de Malaca, El Estrecho de Taiwán, el Estrecho de Bashi y el Estrecho de Tsushima. Si las naciones libres llegaran a perder el control sobre cualquiera de estos puntos claves, las vías marítimas entre el océano Índico y el Pacífico Occidental se verían gravemente amenazadas.

De la República de China se puede decir que es "un porta-aviones imposible de hundir" perteneciente al mundo libre en el Pacífico Occidental. Más de 3.500 islas bordean las costas de China. Taiwán es la más grande. Al perderla, se rompería la cadena continua del litoral asiático, la cual va desde el Japón a la República de Corea y las Ryukyus, bajando hasta Filipinas y siguiendo hasta Asia suroriental. En vista del masivo crecimiento soviético de fuerza naval en el Pacífico occidental en los últimos años, Taiwán se ha vuelto especialmente importante para la seguridad regional; queda en medio de las rutas más directas de los barcos soviéticos que viajan hacia el sur desde las bases de la costa pacífica soviética a lugares como la Bahía de Cam Ranh en Vietnam. Sin la existencia de la República de China como potencia amistosa, la seguridad de Japón, la República de Corea y las Filipinas peligraría de manera muy grave. Además de su posición geográfica, la República de China mantiene una sólida fuerza militar, con excelentes bases aéreas y navales y otras facilidades de apoyo logístico, y fuerzas aéreas y navales equipadas con sistemas de armas hechos en Estados Unidos.

Para resumir, la República de China en Taiwán podría apoyar directamente una gran variedad de intereses estratégicos de los Estados Unidos y de otras naciones asiáticas libres. También es útil para el objetivo primordial de los Estados Unidos de mantener un grupo próspero, seguro y estable de naciones pro-occidentales en la región del Pacífico asiático.

VI

LOS LOGROS ECONÓMICOS DE LA REPÚBLICA DE CHINA en los últimos 36 años han sido vistos internacionalmente como un milagro. El crecimiento económico promedio anual ha sido del nueve por ciento durante este período, y exceptuando los años de recesión durante las dos crisis petroleras mundiales, en 1973 y 1979, los niveles de los precios han permanecido estables. El comercio con el exterior también ha crecido rápidamente — con un aumento anual de aproximadamente un 25% durante las dos últimas décadas.

El año pasado el producto nacional bruto per cápita alcanzó una cifra récord de US\$3.000, y el total del comercio en ambas direcciones superó

los US\$5.240 millones, con un volumen de exportación de US\$3.050 millones. El año pasado fue el décimo quinto país en orden de importancia comercial en el mundo en términos de volumen y el décimo primero en importaciones. Junto con el Japón, Alemania Occidental y Arabia Saudita, la República de China fue uno de los pocos países que tuvo un excedente de comercio en 1981. Hoy en día es el quinto socio comercial más importante de los Estados Unidos; el total del comercio de la República de China con los Estados Unidos en 1984 fue de US\$1.980 millones (en cambio, el comercio en dos direcciones entre los Estados Unidos y la República Popular de China fue de US\$620 millones en el mismo año).

La República de China ha logrado mantener una igualdad substancial en la distribución de ingresos durante este período de rápido crecimiento económico. En 1984, la proporción entre ingresos de las familias de veinte por ciento más pudiente y las del veinte por ciento menos pudiente fue un extraordinario 4.3 a 1.

Un derivado del progreso económico de la República de China ha sido la voluntad de compartir la experiencia y la fortuna con otras naciones. Desde 1954 hasta el presente, su gobierno ha entrenado por lo menos 7.500 personas de más de veinte naciones en sus varios programas de asistencia extranjera, que incluyen reforma agraria, planificación familiar, mejoras agrícolas e industriales, transporte, salud pública, educación, administración pública y desarrollo comunitario. La República de China sigue manteniendo programas de asistencia técnica en más de 20 países, incluyendo muchos que no tienen relaciones diplomáticas con ella.

Pero es válida la pregunta: ¿qué será del futuro de la economía taiwanesa? Suponiendo que haya paz ininterrumpida al otro lado del Estrecho de Taiwán, la pregunta crucial es si la República de China será capaz de poner su estructura económica y de producción en condiciones de enfrentarse al desafío de países menos desarrollados con costos de producción más bajos, como también al de competidores con condiciones que más se asemejan a las suyas, como son los países recientemente industrializados del Asia. Hay varios factores que seguirán favoreciendo a Taiwán.

El primero es su alto nivel de educación y entrenamiento. La cuarta parte de la población asiste a algún tipo de escuela. El diez por ciento de los trabajadores tiene educación universitaria; treinta por ciento ha cursado bachillerato o asistido a una escuela secundaria vocacional; el 25 por ciento de la juventud estudia en centros universitarios. Durante las últimas tres décadas, de 85.000 estudiantes que viajaron al exterior (en su mayor parte a los Estados Unidos) 12.000 han vuelto a Taiwán para asumir un papel de líderes en varios sectores de la sociedad. Esta corriente de retorno de talento humano ha estado aumentando en años recientes; entre 1979 y 1984 volvieron unos 5.300, más de 800 con doctorados y casi 4.500 con grados de master.

Otro factor que contribuye al acrecentamiento de la base industrial del país es el desarrollo de una vigorosa industria de defensa. Al encontrarse bajo la amenaza constante de la China comunista, y en vista de que el abastecimiento de armas del exterior es muy incierto, más del 50 por ciento del presupuesto nacional se invierte en defensa, incluyendo la industria de defensa, la cual lucha por hacerse autosuficiente.

La actual política doméstica de la República de China es promover las inversiones, tanto públicas como privadas. Las inversiones del sector privado han sido bajas durante esta última década, debido en parte a la preocupación por acontecimientos desfavorables en la diplomacia y en cuestiones de defensa. En 1984 la República de China resolvió aumentar su inversión pública anual hasta principios de la década de los noventa, en 2.000 millones, para poder llevar a cabo catorce proyectos de desarrollo nacional, que incluyen plantas de acero, protección del medio ambiente y energía eléctrica. El gobierno también ha adoptado políticas tendientes a liberalizar las finanzas y el comercio y darles un enfoque más internacional. Esto incluye baja de tarifas, facilidades para entrada y salida de capital y un aumento de incentivos para la inversión extranjera.

El nivel de desarrollo económico de la República de China no se diferencia mucho del de los países desarrollados y está muy cercano del de Hong Kong o Singapur, siendo muchísimo mayor que el de la República Popular China o de otras naciones asiáticas. Los economistas calculan que Taiwán estará en condiciones de mantener un crecimiento anual de 6.5 a 7 por ciento durante los próximos quince años, y que su ingreso per cápita para el año dos mil será de US\$11.000 a US\$12.000. (El que proyecta la República Popular para esa misma fecha es de US\$1.000).

Hace un siglo, Yen Fu, un célebre estudioso interesado en reformas, declaraba que la China, si aspiraba a mantenerse en vida y florecer dentro de la familia de naciones, tendría que hacer lo posible para volverse rica y poderosa. Después del colapso de la dinastía Ch'ing y la creación de la República de China, Sun Yat-sen proclamó sus famosos Tres Principios del Pueblo: nacionalismo, democracia y bienestar para el pueblo. Durante el Movimiento del 4 de Mayo de 1919, se proclamó que ciencia y democracia eran las metas supremas para el futuro de China. El presidente Chiang Kai-shek más tarde agregó a estas metas la ética. Al mismo tiempo, el partido Comunista Chino se presentó como un movimiento de "reformadores campesinos", y su revolución predicó metas que se decían ser anti-feudalistas y anti-imperialistas.

Al estudiar esta experiencia histórica, uno tiende a pensar: ¿Quién heredó verdaderamente el espíritu de la revolución china moderna? ¿Quién se ha acercado más a la meta de la modernización? ¿Quién ha hecho más y mejores cosas por los campesinos, la "gran masa", el "pueblo"? ¿Quién acabó realmente con los vestigios de feudalismo e imperialismo de la vieja sociedad de la China?

Para el hombre de la calle, los factores pertinentes son el ingreso per cápita, la cantidad y calidad de centros docentes, hospitales y museos, los derechos humanos básicos. En estos campos el experimento comunista chino parece haber fracasado rotundamente, no solo si se compara con Taiwán sino comparándolo con las metas iniciales que él mismo se había propuesto. El hecho de que la República de China en Taiwán, partiendo de una gran escasez de recursos y un ambiente de inseguridad haya llegado a ser una nación que muchos países del Tercer Mundo envidian, es, ya en sí mismo, un poderoso desafío a todas las pretensiones de los comunistas chinos: su "revolución", su "modernización" y aún su "socialismo".

Es en este sentido que la existencia y prosperidad continua de la República de China han sido como un agujón, impulsando a la República Popular a cambiar y hacer reformas. No es una exageración decir que muchos de los programas de reforma económica de la República Popular actualmente son resultado directo o indirecto del impacto de los logros de la República de China en Taiwán. Esto lo han admitido, si bien de mala gana, los líderes de la China comunista. Por ejemplo, la idea de la China Popular de establecer zonas económicas especiales fue inspirada por el éxito de las zonas de procesamiento de exportaciones de Kaoshiung, Taichung y Nantze en la República de China, las cuales ganan millones de dólares para Taiwán. Mientras dure esta influencia benéfica, la China continental tendrá que seguir cambiando. Los taiwaneses creen que se puede seguir ejerciendo este impacto positivo en el continente en los años venideros, y esto da a la existencia y los logros de Taiwán un mayor significado.

VII

A PESAR DE NEGAR CUALQUIER INTENCION de interferir en la resolución del destino de la China, los Estados Unidos siempre han participado y siguen participando en ese proceso. En la próxima década habrá dos asuntos de gran importancia que los Estados Unidos deberán tratar con habilidad y justicia. Uno es el de la seguridad nacional de la República de China y la venta correlativa de armas a Taiwán; el otro es el peligro continuo de la presión militar de la República Popular de China sobre la isla.

En el año fiscal de 1979, las ventas de armas de los Estados Unidos a Taiwán fueron por un valor de casi \$600 millones de dólares. El límite más alto, en 1983, fue de \$800 millones. Pero, de acuerdo con el Departamento de Estado, se redujo el límite de venta de armas para la República de China en 1984, cayendo a \$780 millones. En 1985 bajará a \$760 millones y en 1986 a \$740 millones.

El *Taiwán Relations Act* de 1979 estipula que el tipo y la cantidad de armas de los Estados Unidos que pueda obtener Taiwán debe ser suficiente para su defensa propia. Es obvio que los Estados Unidos deben tener en cuenta la relación militar entre las dos Chinas. Si hay un aumento en la capacidad militar de la República Popular de China, la calidad y cantidad de armas que Taiwán pueda obtener debe corresponder a este aumento.

Pero el asunto de la compra de armas norteamericanas por Taiwán debe discutirse no sólo en términos de calidad y cantidad. También hay que considerar la influencia de este abastecimiento sobre el ánimo de las gentes de Taiwán y sobre su desarrollo económico. Además de reforzar su seguridad, la venta de armas avanzadas a Taiwán produce una mayor sensación de seguridad entre el pueblo, asegurando la continuación del progreso económico en el país.

El peligro de una acción militar de la China comunista contra Taiwán proviene no sólo del aventurismo de Pekín sino de sus posibles errores de cálculo. Si la República Popular de China emprendiese un ataque militar contra Taiwán, los Estados Unidos se verían ante la necesidad de tomar una difícil decisión: rápida intervención, difícil mediación o humillante retirada. Estarían en juego no sólo las vidas y el bienestar de los casi 19 millones

de habitantes de Taiwán sino la credibilidad de los Estados Unidos como aliado y baluarte de la libertad y la democracia en el Pacífico asiático.

La participación de los Estados Unidos en los problemas mundiales después de la Segunda Guerra parece señalar que una política que no esté firmemente arraigada en los ideales de su pueblo —que sólo entonces la apoyaría— no puede sobrevivir o escapar al juicio de la historia. La realidad actual parece ser que, si bien el pueblo americano está en favor de una relación normalizada con la República Popular, continúa dando un alto valor a los vínculos que por tanto tiempo lo han unido al gobierno y al pueblo de Taiwán. Los aliados asiáticos de los Estados Unidos hallan méritos en una relación estable entre Washington y Pekín, pero vigilan con aprehensión la dirección que pueda tomar la política de Pekín en un futuro y el modo como Washington maneje el problema de las dos Chinas. Para los Estados Unidos es una medida de prudencia elemental reafirmar de vez en cuando su compromiso con la seguridad de Taiwán hasta que los mismos chinos puedan finalmente resolver su problema — a su propia manera y a su debido tiempo.

VIII

LA HISTORIA, Y TAMBIÉN LA NECESIDAD, han dictado una meta a largo plazo para la República de China: un país unido. Pero esto no significa una China unida bajo el sistema comunista, el cual ha resultado ser un fracaso tan grande en el continente que las personas que viven bajo su dominio están indignadas y llenas de resentimiento. Al contrario, esa China debe ser un país donde se garanticen los derechos básicos del hombre, universalmente, en la teoría y en la práctica; donde las energías del pueblo se liberen para poder trabajar en la tarea de construir una nación; donde las aspiraciones del pueblo chino de vivir decentemente puedan lograrse.

¿Hacia dónde va la República de China en Taiwán? ¿Cuál será su destino final en la larga competencia y en su lucha con la República Popular de China? Hoy creemos que, luego de un prolongado período de rivalidad, los acontecimientos en el continente lentamente llegarán a favorecerlos.

Los cimientos del comunismo en la China son débiles, poco profundos. En nuestra opinión, la cultura tradicional del país es el mejor preventivo para impedir que el comunismo se arraigue permanentemente. Luego de 36 años de competencia, la República de China ha demostrado su superioridad en todos los factores menos en su extensión geográfica, población y poderío militar; su nivel de vida se ha vuelto cada vez más atractivo para sus compatriotas de la China continental.

A primera vista, la China continental parece estar reviviendo como resultado de su reciente programa de reforma económica. Pero la realidad es que su sociedad está llena de problemas actuales y potenciales. Creemos que la apertura hacia las reformas producirá una especie de revolución de expectativas en aumento, que sacudirán las bases ideológicas y políticas del gobierno comunista, con tal fuerza, que para poder sobrevivir el pueblo y sus jefes comunistas buscarán otros modelos de gobierno. El modelo de Hong Kong es básicamente el de un puerto libre colonial y, por lo tanto, no es ni aplicable ni deseable. El modelo de Singapur es aplicable solamente a una

ciudad-estado — no es posible copiarlo. El modelo del “Chinatown” que existe en muchas sociedades occidentales es demasiado insignificante y contaminado por influencias extranjeras para que pueda servir de ejemplo. Entonces, lo más natural es que el pueblo y el gobierno del continente escojan el modelo de Taiwán como única solución.

Las gentes del continente están cada vez mejor informadas sobre los logros de Taiwán a través de los medios de comunicación y de los visitantes chinos y extranjeros. La importancia del éxito taiwanés es que todo fue obra del mismo pueblo chino. Por lo tanto, no existe razón intrínseca que impida a los chinos de ninguna provincia del continente repetir la misma historia. Esta razón explica la irresistible atracción del modelo de Taiwán. Una vez que sea escogido nuestro modelo, quedarán puestos los cimientos para la reunificación de la China. Cuando esto ocurra, nosotros naturalmente desempeñaremos un papel clave para determinar la forma y substancia futuras de la política china en el continente. Para decirlo en pocas palabras, la República de China en Taiwán es, y será cada vez más, la luz que orientará el desarrollo futuro de la China continental.

Las naciones, como los seres humanos, viven de las buenas obras además de la fe. Hemos tenido ambas cosas, y ambas han dado significado a nuestra vida en Taiwán. La historia de Taiwán no sólo es un milagro económico sino una fuerza magnética que unirá a la China del mañana.

II Taiwán: panorama desde Pekín

Guo-cang Huan

LA PRÓXIMA DÉCADA SERÁ CRÍTICA PARA TAIWÁN y para sus relaciones con la China continental. Taipei tendrá que enfrentar el difícil problema de la sucesión del Presidente Chiang Ching-kuo; su desarrollo económico deberá soportar nuevos y graves desafíos y sus relaciones con la República Popular de la China habrán de evolucionar... en una u otra dirección. El desenvolvimiento de las relaciones Taiwán-China continuará influyendo sobre los vínculos chino-norteamericanos y sobre la estructura política del este del Asia. Los lazos entre los dos regímenes que se proclaman gobernantes de la China, sin embargo, dependerán cada vez más de la interacción que exista entre Pekín y Taipei y menos de Washington y de los demás participantes internacionales en el juego.

La textura de esta interacción está determinada por tres factores relacionados entre sí: las políticas que hoy evolucionan en Pekín, los sucesos internos en Taiwán y el ambiente internacional. En este artículo se examinará cada uno de estos factores, posteriormente se entrará a comentar las opciones de las políticas de Taipei y sus posibles consecuencias, y finalmente se considerarán algunas sugerencias sobre el curso más deseable de los acontecimientos durante la década por venir.

II

LA INFLUENCIA MÁS DETERMINANTE DE las relaciones de Taipei con el continente la ejerce, por supuesto, el mismo Pekín. La política de la China Popular hacia Taipei ha cambiado significativamente desde la muerte de Mao en sep-

tiembre de 1976 y, especialmente, desde la consolidación de Deng Xiaoping en el poder tres años más tarde. La nueva política se caracteriza por tres componentes: el esfuerzo tendiente a reducir las tensiones y a convencer a Taipei de que se acerque a la mesa de negociadores; una estrategia paralela dirigida a presionar a Taipei para que se decida a hablar con Pekín; y la política de establecer límites para costear el comportamiento de la isla.

Durante los últimos años, Pekín ha presentado a Taipei varias propuestas de reunificación. Estas propuestas, entre ellas la más reciente de Deng Xiaoping sobre "un estado, dos sistemas", permiten a Taipei mantener su régimen social y económico, sus fuerzas armadas y sus lazos no oficiales con países extranjeros. A cambio de la promesa de no interferir en los asuntos internos de Taiwán, Pekín espera que ésta desista de seguir proclamando el derecho de representar a toda la China y convenga en convertirse en una "región administrativa especial" de la República Popular. Pekín ha estado sugiriendo repetidamente que, entretanto, debería autorizarse un comercio abierto y directo, así como la libre circulación de correo y de pasajeros entre los dos lados. Pekín también ha declarado que está dispuesto a abrir sus mercados a las exportaciones de Taiwán, a permitirle invertir intereses comerciales en el sector continental y a suministrar a Taipei recursos naturales, incluyendo petróleo. Pekín ha concedido un buen tratamiento a antiguos funcionarios del partido del gobierno, el Kuomintang (KMT), a otros que tienen familiares en Taiwán, y ha estimulado a sus intelectuales y estudiantes en el exterior a establecer contacto con sus colegas de Taiwán. En la comunidad internacional, Pekín ha consentido que Taipei regrese al seno de varias organizaciones internacionales bajo el nombre de "Taipei-china" o "Taiwán-china".

La oferta de reunificación por parte de la República Popular China ha sido estimulada mediante un notable programa de reformas internas, una extendida cooperación con el Occidente y la flexibilidad y sensibilidad que ha mostrado Pekín en el manejo del asunto de Hong Kong. Pero Taipei continúa criticando públicamente las aperturas de Pekín, sostiene que las actuales reformas de la República Popular naufragarán, sugiere que los esfuerzos de Pekín hacia el mejoramiento de sus relaciones con el Occidente son una estrategia para aislar a Taiwán y desconoce el acuerdo chino-británico sobre Hong Kong.

A pesar de esta rígida postura de Taipei, las políticas de Pekín han tenido cierto efecto sobre la isla. Las actuales reformas políticas y económicas de Pekín influyen hoy notablemente sobre la opinión pública, especialmente en los círculos de los intelectuales, empresarios y tecnócratas de Taiwán. El cubrimiento por parte de la prensa internacional del programa de reformas y los contactos establecidos entre estudiantes y expertos de la isla y de la China continental han abierto una perspectiva diferente a la que expresa la propaganda anti-República Popular del KMT; han propiciado un mayor conocimiento de la China de tierra firme y reducido la vieja hostilidad profesada hacia Pekín. Todo ello está produciendo divisiones con respecto a la obstinada política de los "Tres No" de Taipei: *No* a los contactos, *no* a las negociaciones y *no* a los compromisos con Pekín. Las opiniones,

expresadas abiertamente por intelectuales y políticos de la oposición, han reforzado las tendencias liberales dentro del KMT y han estimulado la búsqueda de alternativas a las presentes políticas de mano dura.

La estabilidad política continuada de la China Continental representará también un incentivo importante para que Taipei reduzca sus tensiones con Pekín. Si los sucesores de Deng, expresamente Hu Yaobang, el secretario general del Partido Comunista Chino, y el Premier Zhao Ziyang están en capacidad de proseguir con su programa de reformas, Taipei debería sentirse mucho más tranquila, puesto que dichas reformas requieren de un ambiente internacional seguro. Y cualquier tensión o confrontación grave entre Pekín y Taipei deterioraría la confianza empresarial en ambos lados del Estrecho de Taiwán.

Los lazos cada vez más fuertes de Pekín con el Occidente y con el Japón preocupan a quienes creen que esas relaciones darán mayor ventaja e influencia a Pekín sobre Taipei y que conseguirán aislar aún más a la isla de la comunidad internacional. En realidad, unos vínculos más fuertes con el Occidente disminuirían los incentivos de Pekín en cuanto a tomarse a Taiwán por la fuerza, puesto que un movimiento semejante perjudicaría enormemente tales vínculos.

En los últimos dos años, Pekín ha aumentado la presión sobre Taipei para la realización de conversaciones sobre la reunificación. La reunificación con Taipei es uno de los tres objetivos principales del gobierno de la República Popular China, junto con su programa de reformas económicas, y su meta para ganar libertad de acción e independencia tanto con respecto a la Unión Soviética como con relación a los Estados Unidos. Tan pronto como fue firmado el acuerdo chino-británico sobre Hong Kong, en septiembre de 1984, Deng Xiaoping expresó su deseo de adoptar el modelo de "un estado — dos sistemas" de Hong Kong con el fin de dar solución al problema de Taiwán.

En realidad el gobierno de Pekín se muestra dispuesto a suministrar condiciones más favorables a Taipei, puesto que Taiwán y Hong Kong son distintos en dos aspectos importantes: a diferencia de Hong Kong, Taiwán se ha autogobernado durante más de tres décadas; ha conservado sus propias fuerzas armadas y sus relaciones internacionales independientes; geográficamente está separada del continente. Sin embargo, Deng Xiaoping y Zhao Ziyang han anunciado repetidamente que Pekín no intenta excluir la posibilidad de utilizar la fuerza contra Taipei si esta última continúa rechazando sus propuestas de conversaciones para la reunificación.

Finalmente, Pekín ha ejercido presión sobre Washington para que corte su apoyo a Taipei. La República Popular China ha puesto énfasis en que el problema de Taiwán es hoy por hoy el obstáculo principal al futuro desarrollo de las relaciones chino-norteamericanas y ha exigido que Washington reduzca y, eventualmente, suspenda su venta de armas a la isla y revoque el Acta de Relaciones de Taiwán de 1979, que definía los lazos no oficiales entre los Estados Unidos y Taiwán luego del rompimiento de sus relaciones diplomáticas.

La nueva política de Pekín deriva de varios factores. Los líderes de la República Popular China están preocupados por el asunto de la sucesión del Pre-

sidente Chiang de Taiwán. Conocen muy poco sobre la futura generación de dirigentes del KMT; comprenden, pero posiblemente exageran, los conflictos existentes entre el régimen y los taiwaneses nativos. Temen que el sucesor de Chiang pueda conducir a Taiwán en dirección hacia la independencia y están conscientes de las inestabilidades que podrían surgir de una debilidad estructural en la economía y en las políticas de la isla. Al mismo tiempo, Pekín confía en su capacidad militar con respecto a Taipei, y el exitoso arreglo del problema de Hong Kong ha aumentado, aparentemente, una confianza paralela en su habilidad para tratar políticamente con Washington y Taipei. Por lo tanto se puede esperar que Pekín acreciente su presión tanto sobre Washington como sobre Taipei en un futuro cercano.

Pero quizás Pekín sobrestima el papel que puede desempeñar Washington en cuanto a estimular a Taipei para que negocie con la República Popular China. Washington ha reaccionado ambigüamente ante la presión de Pekín. Por un lado, ha señalado que no hará más concesiones en cuanto a satisfacer las demandas chinas sobre la revocación del Acta de Relaciones de Taiwán o con respecto a una rápida reducción de su venta de armas de Taipei. Por otra parte, la Administración Reagan es cada vez más cautelosa en sus tratos con Taiwán. Washington ha rechazado repetidas veces las solicitudes de Taipei de compra de aviones de combate altamente perfeccionados. Hasta ahora, por lo tanto, Pekín ha tenido un cierto éxito en establecer algunos límites a la política de Estados Unidos hacia Taipei.

III

TAIPEI NO HA SUAVIZADO SU POSICIÓN en respuesta a los estímulos o amenazas de Pekín y probablemente no lo hará en un futuro cercano. Por el contrario, la presión proveniente de la República Popular sólo ha conseguido que Taipei se muestre más escéptica con respecto a las promesas paralelas de la China de no intervenir en los asuntos internos de Taiwán.

Taipei mira a Hong Kong como una prueba de las intenciones políticas de Pekín y estará vigilando estrechamente el comportamiento de la República Popular China. Las experiencias de Pekín con Hong Kong deberían constituir una enseñanza en lo que concierne a la complejidad de algunas de las soluciones implicadas en la reunificación y su progreso en la resolución del problema de Hong Kong, a través de un acercamiento y un enfoque moderados, podrían constituir un estímulo para que se empleara la misma moderación en el caso de Taiwán.

La República Popular China no ha definido aún los principios detallados y los procedimientos destinados a establecer una administración local en Hong Kong. La oferta de Pekín a Taipei plantea dudas similares. Aún más, la China ha prometido que Taipei estará autorizada a conservar sus fuerzas armadas luego de la reunificación... no obstante que su posición en cuanto a si se permitiría a Taipei importar armas, no es aún muy clara. Y nada se ha especificado sobre la futura posición de Taipei en la comunidad internacional. Es principalmente por estas razones que la presión de Pekín hacia la reunificación no ha provocado hasta ahora ninguna reacción receptiva por parte de Taiwán.

¿Bajo qué condiciones utilizaría Pekín la fuerza para recobrar la autoridad sobre Taiwán? Deng Xiaoping ha establecido las cinco siguientes: si

Taipei llegara a inclinarse hacia Moscú en vez de Washington; si Taipei decidiera desarrollar armas nucleares; si Taiwán se declarara como un estado independiente; si Taipei perdiera control interno como resultado del proceso de sucesión del gobierno; o si Taipei insistiera en seguir negándose a las conversaciones sobre reunificación "por un largo período".

Las tres primeras condiciones forman parte de las políticas de Pekín destinadas a limitar la libertad de acción de Taipei. De hecho, es totalmente improbable que Taiwán se coloque en la posición de querer jugar una "carta soviética". Un movimiento semejante deterioraría las relaciones con Washington, para no decir que provocaría una fuerte reacción por parte de Pekín. Esa política socavaría la legitimidad interna del KMT, así como su ideología. Es también muy poco posible que Taipei llegue a fabricar armas nucleares, al menos abiertamente, en un futuro cercano. Un tal esfuerzo colocaría a Washington en una difícil situación, lo que debilitaría aún más las actuales relaciones Estados Unidos-Taiwán, y podría causar tensiones políticas con otros países asiáticos, especialmente con el Japón y la Asociación de Naciones del Sudeste del Asia (ASEAN). El mayor peligro de intentar la opción nuclear, por supuesto, radicaría en un posible ataque prioritario por parte de Pekín. Finalmente, una proclamación de independencia difícilmente resolvería los problemas de Taipei; por el contrario, crearía de inmediato una crisis militar, política y económica.

Sobre estas tres condiciones, Taipei se encuentra ya expuesta al ojo del público: el Presidente Chiang ha anunciado que Taipei nunca se inclinará hacia Moscú, que jamás desarrollará sus propias armas nucleares y que en ningún momento se proclamará como estado independiente.

La cuarta condición —desorden interno en Taiwán— refleja las preocupaciones de Pekín con respecto a una crisis de sucesión en la isla y la posible pérdida de autoridad del KMT sobre el Movimiento para la Independencia de Taiwán, aunque esto último no parece probable, en un futuro cercano.

La última de las condiciones de Deng —rechazo a las negociaciones— es la que finalmente será determinada por los propios cálculos de Pekín de acuerdo con sus políticas en marcha. Algunos elementos se muestran constantes: los costos de una acción militar contra Taiwán, aún si se tratase únicamente de un bloqueo, serían extremadamente elevados. Taipei cuenta con la posibilidad de desquitarse atacando toda la costa este del continente, en donde más del setenta por ciento de la capacidad industrial de la República Popular se halla localizada. Potencialmente, cualquier ofensiva militar deterioraría las relaciones cada vez más extendidas de Pekín con el Occidente y destruiría el pacífico ambiente internacional, tan esencial hoy para el proceso de modernización en que está comprometido el liderazgo de Deng. Si Washington fortalecería o no su apoyo a Taipei bajo condiciones de presión militar, ello aún constituye un interrogante. Lo más importante es que la opinión pública en el sector continental, especialmente entre las clases jóvenes y educadas, ha cambiado mucho desde la muerte de Mao. La gente se muestra más interesada en mejorar sus patrones de vida que en lanzarse a una guerra, y una guerra probablemente destruiría el actual programa de reformas. Pekín por lo tanto sólo utilizaría la fuerza contra Taipei si no hubiese otra alternativa.

IV

EL FACTOR DE MAYOR IMPORTANCIA en la situación doméstica de Taiwan es hoy en día el de la sucesión del Presidente Chiang Ching-kuo, hijo del ya fallecido Chiang Kai-shek. No parece claramente que haya un sucesor calificado. Chiang, con 76 años y una salud muy precaria, ha realizado varios cambios fundamentales en el último año y medio, incluyendo la destitución del General Wang Sheng, jefe de los asuntos de seguridad y de las fuerzas de inteligencia, considerado como el segundo hombre más poderoso de la isla y candidato potencial a la sucesión. Entre otros pretendientes del momento se encuentra Yu Guohua, identificado con el ala conservadora del Kuomintang, designado como sucesor del Premier Sun Yunsuan cuando éste fue hospitalizado en 1948. E igualmente Chiang Yanshi, el secretario general del Comité Central de KMT, otro posible candidato, un tecnócrata muy reputado y moderado, que fue recientemente reemplazado por Ma Shuli, miembro de la vieja guardia conservadora y que mantiene estrechas relaciones con Xiaowu, el hijo del Presidente Chiang.

La sucesión, sin embargo, no ha sido aclarada por la presencia de estos cambios. Varios observadores han estado especulando en cuanto a que el propósito de estos movimientos de personal estaban destinados a asegurarle una posición fuerte a Xiaowu. Pero este no es miembro de la Comisión Permanente del Comité Central del KMT, la institución que toma las decisiones del partido, y tampoco ha hecho ninguna contribución significativa a favor de la sociedad de Taiwan ni se ha hecho una reputación independiente. A diferencia de su padre, Xiaowu nunca ha sido bien recibido por el grupo de los tecnócratas. Su posibilidad de heredar el mando es aún más difícil si se tiene en cuenta la oposición que ejerce en Taiwan el movimiento disidente contra una nueva "sucesión dinástica". Además, suposiciones muy difundidas involucran a Xiaowu en el asesinato en Daly City, California, del escritor taiwanés Henry Liou, nacionalizado en los Estados Unidos y quien fuera muerto en octubre. La elección de Xiaowu como su sucesor por parte del Presidente Chiang, en suma, probablemente aumentaría las tensiones políticas y podría llegar a socavar la estabilidad de que ha gozado la isla durante las tres últimas décadas.

La política dentro del Kuomintang fluctúa entre corrientes liberales y conservadoras. El grupo conservador tiene gran influencia sobre el aparato del ejército, la seguridad y el partido, especialmente dentro de la Comisión Permanente. Los liberales son más fuertes en asuntos económicos y en la administración pública.

La facción liberal del KMT ha perdido varias posiciones de importancia en el transcurso del año pasado, y es improbable que recupere poder a tiempo para lanzarse a la lucha por la sucesión. Popular entre los tecnócratas, en los círculos empresariales y dentro de la clase intelectual, la agrupación liberal ejerce muy poca influencia sobre el ejército y las fuerzas de inteligencia. Aun más, no constituye un poder unificado y carece de un líder lo suficientemente vigoroso para coordinar grupos con diferentes intereses en el régimen y en la sociedad. Es muy poco posible que los liberales adquieran dominio dentro de la Comisión Permanente, aunque su facción continúa siendo influyente en el proceso de creación de políticas.

Existe siempre la posibilidad de que la sucesión desemboque en un régimen conjunto conformado por el ejército, la facción conservadora del KMT y las fuerzas de inteligencia. Un régimen de tal naturaleza podría mantener la estabilidad política, al menos temporalmente. Sin embargo, retrocedería gravemente el proceso de pluralización política de Taiwan. Aumentarían las tensiones entre el gobierno y el movimiento de la democracia conocido como el Dang-wai (que no pertenece al Kuomintang). Igualmente impulsaría a los intelectuales y a los tecnócratas a alejarse aún más del régimen. A largo plazo, ello provocaría la desestabilización política.

En cualquier caso, el proceso de la sucesión será muy probablemente doloroso y difícil. Existen posibilidades reales de insurrección o de la formación de una nueva dictadura. En ambas circunstancias, es factible que Taipei asuma una actitud aún más dura hacia Pekín, por lo menos temporalmente, puesto que el nuevo régimen necesitaría alguna excusa para apretar los controles políticos.

V

EL SEGUNDO DESAFÍO A LA ESTABILIDAD POLÍTICA de la isla es el de un proceso acelerado de pluralización política y social. Este proceso, ampliamente resultante del crecimiento económico de Taiwan durante los últimos treinta años, ha pasado hoy a una nueva etapa. Por un lado, el Dang-wai ha llegado ya a convertirse en una poderosa fuerza de oposición en la comunidad de Taiwan, capaz de llevar a cabo movilizaciones populares significativas contra el régimen. Tanto en las elecciones nacionales de 1980 como en las de 1983, obtuvo aproximadamente el 30 por ciento de la votación total. Es apoyado por un gran número de empresarios, la mayoría de ellos nativos de Taiwan, y ha sido un crítico implacable del Kuomintang.

El Dang-wai no constituye aún una alternativa contra el KMT. En razón de las condiciones restrictivas impuestas por la ley marcial, que ha estado en vigor por más de treinta y cinco años, y a raíz de las operaciones de la policía secreta, no se ha permitido al movimiento la posibilidad de organizarse oficialmente como partido político. Como resultado, no ha conseguido agrupar eficazmente a sus seguidores para crear un liderazgo fuertemente consolidado. Por otra parte, el Dang-wai es particularmente débil en lo que respecta a su atractivo político. Sin una base teórica bien definida, el movimiento no ha sido capaz de exponer un programa alterno en contraposición al KMT ni obtener el sostén suficiente por parte de la clase más culta. Las divisiones internas representan otro problema más para el Dang-wai: nunca ha sido una fuerza unificada y probablemente no lo será en un futuro previsible.

El Movimiento para la Independencia de Taiwan (TIM) constituye otro foco de división en la isla. Varios activistas del Dang-wai son miembros de este movimiento pero la mayoría de los miembros del TIM actúan en el extranjero, particularmente en el Japón y en los Estados Unidos. El TIM cuenta con un gran apoyo financiero, generalmente proveniente de ricos empresarios nativos de Taiwan. Pero el futuro de este movimiento político no parece ser tan brillante como lo suponen algunos expertos norteamericanos. Como el Dang-wai, el TIM no ha llegado a organizar una fuerza unificada. Agudos conflictos políticos y económicos debilitan la capacidad del movimiento para desafiar el KMT en cualquier sentido práctico.

El relajamiento gradual de las restricciones a la libertad política, y el programa de "Taiwanización" del Kuomintang, medida tendiente a atraer a un mayor número de nativos a los diversos partidos e instituciones del gobierno, incluyendo al ejército, han representado un contragolpe a la atracción que pudiera ejercer el TIM. El movimiento pro independencia no parece gozar de mucho sostén por parte de la clase culta, en parte porque no presenta programas políticos y económicos persuasivos, en parte porque la generación más joven ha sido profundamente influida por la cultura china tradicional¹. Las viejas tensiones entre continentales y nativos han ido suavizándose entre los jóvenes taiwaneses. Por el contrario, han aumentado las divergencias sociales y políticas entre el régimen autoritario y el movimiento democrático. Aunque ni el Dang-wai ni el TIM parecen ser capaces de reemplazar el gobierno del KMT en Taiwan, de todos modos sí pueden ambas ejercer una fuerte influencia en la política de Taipei con respecto a Pekín.

A falta de una oposición institucionalizada y efectiva, el KMT gobernante continúa gozando de un considerable apoyo en todo Taiwan, principalmente a raíz del triunfo de su política económica. En treinta años (1949-1979) de régimen del KMT, el notable crecimiento económico de Taiwan ha convertido a la isla en uno de los ejemplos más exitosos de desarrollo económico en el mundo. Pero la estrategia de la isla, orientada hacia las exportaciones, hoy se está viendo enfrentada al reto de la competencia industrial, por parte de los Estados Unidos y el Japón, que cuentan con la ventaja de una tecnología superior y de mayor capacidad financiera, como también de otros países del este de Asia, principalmente de Corea del Sur, Tailandia, Singapur e Indonesia y, más recientemente, de la China continental cuyos costos de mano de obra son más bajos que los de Taiwán. Para completar, Washington ha presionado fuertemente a Taipei para reduzca su excedente comercial con los Estados Unidos.

Taiwan no cuenta con los recursos naturales necesarios —especialmente petróleo, que suministra el 70 por ciento de su energía— para activar su economía. Importa más del 95 por ciento de su petróleo de Arabia Saudita y Kuwait. Aunque los precios del petróleo han disminuido, cualquier sacudimiento futuro en el Golfo Pérsico podría causar graves problemas a la isla.

Desde finales de la década de 1970, el gobierno de Taiwan ha estado dando gran prioridad a la transformación de una economía de mano de obra intensiva a una economía de tecnología y capital intensivos. Sin embargo, esta metamorfosis no ha sido plenamente exitosa. Debido a la incertidumbre del futuro político de la isla, una gran proporción de los estudiantes de Taiwan (85 por ciento) que viven en el extranjero no regresan y los empresarios se muestran reacios a invertir en proyectos de gran escala y largo plazo, prefiriendo las inversiones más estables en el exterior. Aún más, el alto presu-

1/El factor principal radica en que el TIM no tiene una sólida base cultural. Un gran número de nativos taiwaneses conservan fuertes lazos familiares con chinos continentales, tanto en la isla como en la China. Su dialecto local está basado en la lengua china, y aún se habla en la parte continental y en el sur de la provincia de Fujian, de donde emigraron los "taiwaneses nativos". De hecho, existen grandes semejanzas entre la cultura y las costumbres de los nativos y de los continentales en el Fujian del sur y en Guangdong. Aún más, el Kuomintang ha temido éxito en la creación de un sistema educativo tradicionalmente chino, y la generación de la postguerra ha sido, por lo tanto, profundamente imbuida de cultura china.

puesto militar de la isla ha hecho difícil que el gobierno incremente sus inversiones en infraestructura, investigación y desarrollo. Es improbable que esta debilidad y vulnerabilidad estructurales, lleguen a superarse en la próxima década.

Los problemas económicos de Taiwan y la creciente presión que ejerce su comunidad empresarial —que ha estado comprometida por años en un comercio indirecto, y aún directo, con el continente, y que hoy se siente impresionada por los resultados de la política de "puertas abiertas" de Pekín— son fuertes inducciones para que el gobierno adopte en el futuro una línea más conciliatoria con respecto a la China Popular.

VI

LA ELECCION DE RONALD REAGAN EN 1980 hizo concebir esperanza al gobierno de Taipei, aunque no por mucho tiempo, de que Washington podría retroceder el reloj de la historia y restaurar los lazos diplomáticos oficiales con Taiwan. Antes de agosto de 1982, cuando se firmó el más reciente de los comunicados conjuntos de Estados Unidos-República Popular China, las relaciones chino-norteamericanas estaban realmente en muy malas condiciones. Pero el reloj nunca ha sido retrocedido y es muy poco probable que lo sea.

De hecho, los vínculos entre China y Norteamérica se han fortalecido desde la segunda mitad de 1982. Mientras que tanto Washington como Pekín han puesto sobre el tapete la necesidad de una cooperación estratégica y militar contra Moscú, se han adelantado programas de consultas e intercambios en ambos sentidos entre los Estados Unidos y la República Popular China.

Las relaciones económicas entre los dos países también han prosperado: el comercio entre la República Popular China y los Estados Unidos alcanzó a US\$ 6.000 millones el año pasado y los Estados Unidos constituyen hoy el tercer socio comercial más poderoso de la China, después del Japón y de Hong Kong. Varios centenares de compañías y de bancos norteamericanos funcionan hoy en día en la República Popular. Estos adelantos tienden a continuar a medida que crecen las demandas de tecnología y capital occidentales por parte de la China y las reformas económicas chinas reducen cada vez más la brecha institucional entre la economía china y las economías de mercado del Occidente.

Alrededor de 14.000 jóvenes chinos estudian hoy en los Estados Unidos y varios miles más en Europa Occidental y en el Japón. Regresará a la China por lo menos un 60-70 por ciento de ellos y tendrán gran influencia en la elaboración de políticas en diversas instituciones oficiales y privadas. El gobierno de Deng parece seguir empeñado en su política de puertas abiertas y la tendencia positiva de las actuales relaciones chino-norteamericanas difícilmente se echará atrás.

Durante la próxima década, es muy seguro que Washington trate de adherir a su compromiso de vender armas defensivas a Taipei, como lo exige el Acta de Relaciones de Taiwan. Sin embargo, los Estados Unidos tendrán que enfrentar dos difíciles pruebas, pues existe una aguda contradicción entre el comunicado conjunto de agosto de 1982 y el Acta de Relaciones de Taiwan. En el comunicado, Washington promete que las armas vendidas a Taiwan "no sobrepasarán, ya sea en términos cualitativos o cuantitativos",

el nivel suministrado en los años transcurridos desde el establecimiento de relaciones diplomáticas con la República Popular China en enero de 1979, y que los Estados Unidos "tiene la intención de reducir gradualmente su venta de armas a Taiwan, dando paso a un período de tiempo para una decisión final". El Acta de Relaciones de Taiwan, sin embargo, reclama "suministrar a Taiwan armas de carácter defensivo", sin especificar reducción alguna. Bajo la creciente presión de Pekín, Washington quizá encuentre motivos para disminuir aun más sus ventas de armas a la isla.

Puesto que las fluctuaciones en el equilibrio regional de poder parecen favorecer a la Unión Soviética y a sus aliados, en especial Vietnam y la India, es probable que Washington se vea precisada a aumentar su cooperación estratégica con Pekín por razones de seguridad regional. Ello, a su turno, podría fortalecer la posición negociadora de la China.

La inestabilidad política en la región hará recaer su impacto en Taipei. Los movimientos disidentes no comunistas de Corea del Sur y de las Filipinas alientan al Dang-wai de Taiwan, que ha seguido estos acontecimientos políticos muy de cerca. Tales movimientos tienen un rasgo importante en común: cuentan con un fuerte apoyo de los Estados Unidos.

Es posible que Taipei encuentre grandes dificultades para participar en organizaciones multinacionales si no regresa a las políticas flexibles que llevó a cabo hasta la terminación de los Juegos Olímpicos de 1984. Esas políticas incluían los esfuerzos de Taipei tendientes a recuperar su lugar en unas 400 organizaciones no oficiales bajo el nombre de "Taipei china", nombre que resulta aceptable para Pekín y que fue utilizado en los Juegos. Por otra parte, Taipei disminuyó sus restricciones al comercio entre la isla y el continente, y permitió un mayor debate público interno con respecto a las futuras relaciones de Taiwan con la República China.

Después de los Juegos Olímpicos, sin embargo, se presentó un marcado alejamiento de aquellas políticas flexibles. Yu Guohua, el nuevo Premier, y Zhu Fusong, el Ministro de Relaciones Exteriores, se cuentan entre quienes habían dudado de que tal enfoque flexible pudiese fortalecer la posición de Taiwan dentro de la comunidad internacional, y su grupo ha ido ganando dominio en la creación de políticas. Ambos creen que el modelo utilizado en el Banco Asiático de Desarrollo —que acoge tanto a Pekín bajo el nombre de la República Popular de la China y a Taipei como República de la China— debería ser aplicado a otras organizaciones intergubernamentales.

Como resultado de esta nueva rigidez, Taipei perdió en el otoño pasado su puesto en la Organización de Policía Criminal (Interpol), una de las diez entidades oficiales internacionales a la que aún pertenecía. Este enfoque inflexible, aunque muy criticado por varios políticos liberales del KMT, parece haberse convertido en la estrategia actual del gobierno de Taiwan en sus intentos por reforzar su posición internacional. Al mismo tiempo, Taipei ha vuelto a introducir restricciones al comercio con el continente y al debate libre sobre el problema.

Esta política es cada vez menos viable. Los vecinos de Taiwan (expresamente Japón, Corea del Sur y los países de la Asociación de Naciones

del Sudeste de Asia —ASEAN) no soportarán ningún enfoque inflexible por parte de Taipei; la mayoría de ellos ni siquiera incluye a la isla en su planeación de medidas estratégicas o de seguridad. Es muy poco probable que Taipei pueda aplicar el modelo del Banco Asiático de Desarrollo a otras organizaciones internacionales, puesto que Pekín no está dispuesta a hacer ninguna otra concesión a este respecto.

VII

PARA LA PROXIMA DECADA, Taipei tiene cuatro opciones fundamentales: La primera es la de "Yi Bu Bian Ying Wan Bian", con el fin de mantener su actual política en su trato con el mundo cambiante. Este sistema de "guerra fría" tiene el principio declarado de "reunificar a la China bajo los Tres Principios del Pueblo" (Nacionalismo, Democracia y Subsistencia). Rechazaría el comercio directo con Pekín, limitaría el intercambio comercial indirecto entre los dos lados, y posteriormente reduciría al mínimo los contactos informales entre la gente del continente y de la isla. Taipei continuaría compitiendo con Pekín en las instituciones internacionales y haría cualquier esfuerzo posible por dañar las relaciones chino-norteamericanas. Incrementaría sus gastos de defensa y trataría de importar armas más complejas de los Estados Unidos. Internamente, esta política requeriría de mayores restricciones a la prensa y a los derechos humanos. Probablemente aumentaría las tensiones e inclusive podría provocar una confrontación entre Pekín y Taipei.

Taiwan seguiría dando curso a esta política únicamente en el caso de que la próxima sucesión produjese un liderazgo conservador, o si Pekín decidiese repentinamente adoptar un enfoque aún más rígido con respecto a Taipei. Un sistema de guerra fría consolidaría temporalmente el control del Kuomintang sobre la isla y ayudaría a estabilizar en el poder a un sucesor conservador de Chiang. No obstante, el precio sería demasiado alto. Una política de tal naturaleza haría más lento el proceso de pluralización en la isla. Tropezaría con una dura resistencia por parte de las fuerzas internas de la oposición y agudizaría las diferencias y las luchas políticas entre conservadores y liberales. El programa de Taiwan destinado a mejorar su economía sufriría grandes perjuicios a medida que los empresarios fueran empujados a canalizar sus inversiones cada vez más hacia el exterior y la clase culta se sintiera desanimada de volver a la isla. Por otra parte, los inversionistas extranjeros se mostrarían menos inclinados a desplazar tecnología y capital hacia Taiwan. El gobierno se vería obligado igualmente a incrementar su presupuesto militar, ya que Taipei tendría probablemente que enfrenar una invasión o, por lo menos, un bloqueo por parte de la China continental que posiblemente no podría romper sin la implicación directa de los Estados Unidos; las consecuencias políticas y económicas serían impredecibles.

De iniciar Pekín un bloqueo o un ataque contra Taiwan, es posible que Taipei recibiera apoyo político y armas por parte de Norteamérica. Pero no está aún claro si tal apoyo podría llegar a transformarse en una implicación militar directa por parte de los Estados Unidos. Quizás si las tensiones se originaran en una crisis de sucesión o en una ofensiva iniciada por

la misma isla, no sería muy factible que los Estados Unidos mantuvieran su compromiso de apoyo a la seguridad de Taiwan, puesto que una implicación tal provocaría fuertes reacciones de Pekín, lo que desestabilizaría el sistema internacional de la región y pondría en peligro la presente cooperación chino-norteamericana. Aun más, otros países de la región no recibirían con beneplácito la presencia de nuevas tensiones entre Taipei y Pekín.

«¿Qué pasaría si Taiwan se decidiera por otra opción y proclamara su independencia? Una política independentista cambiaría la naturaleza de las relaciones entre las dos riberas del Estrecho de Taiwan; en el extranjero sería vista más como un conflicto entre dos estados que como una pugna civil dentro de una sola nación soberana. Aun si la independencia fuera proclamada por el KMT en el gobierno y no a raíz de un golpe de estado por parte del TIM, se desestabilizarían todas las políticas internas de la isla. Más grave aún, el KMT, cuya autoridad descansa en su reivindicación de constituir el verdadero gobierno de toda China, perdería su legitimidad así como la base de su poder. Se agudizarían aún más las tensiones y conflictos políticos entre los diferentes grupos, especialmente entre aquellos que apoyan la independencia y sus opositores. La mayoría de la gente de Taiwan se angustiaría ante la posibilidad de una guerra con Pekín e intentaría huir al exterior. Muchas compañías extranjeras retirarían sus inversiones y ello comprometería toda la prosperidad económica de la isla.

Ante la posibilidad de un Taiwan independiente, Pekín se sentiría fuertemente tentada a lanzar un golpe preventivo, ante todo guiada por un exacerbado nacionalismo interno y por el temor de que una política de "manos cruzadas" deterioraría la credibilidad internacional con respecto a la China. Si el TIM se tomara el poder y declarara la independencia de la isla, una violenta confrontación entre sus extremistas y el KMT podría servir como pretexto para una invasión militar por parte de Pekín.

Taiwan, independiente, quedaría más aislada que nunca. Ninguna potencia en el mundo reconocería su nuevo status. Washington solo apoyaría públicamente la isla, a riesgo de enfrentarse a Pekín y de provocar un cambio fundamental en el equilibrio del poder en el Pacífico. Adicionalmente, Taipei podría inclusive perder la mayoría de sus actuales contactos oficiales y no oficiales con otros países y organizaciones internacionales, puesto que Pekín seguramente ejercería gran presión (incluyendo la amenaza de romper relaciones diplomáticas) contra cualquier nación que llegase a reconocer a Taiwan como estado independiente. Ningún país del Asia estimularía a Taiwan para adquirir de ese modo su independencia, puesto que sólo conseguiría desestabilizar la zona y posiblemente provocar una guerra regional.

La única forma en que podría Taiwan ganarse la simpatía (aunque no necesariamente el reconocimiento) de los demás por una declaración de independencia, sería si ésta fuera la consecuencia de un ataque previo por parte de Pekín. Pero aun en tales condiciones, la opción de Taiwan en ese sentido continuaría siendo peligrosa. Quizás Washington no estaría dispuesta

a iniciar una guerra con Pekín; el resto del Asia protestaría ante el ataque, pero probablemente no haría nada para ayudar a Taipei.

Claramente, las consecuencias de una continuación de las políticas de guerra fría o de la declaración de independencia por parte de Taiwan tendrían un alto precio y serían muy peligrosas. Existe una tercera opción, teórica por lo menos hasta el momento, y poco realista: Taipei podría decidirse por aceptar la propuesta de reunificación de Pekín en un futuro cercano. Esta vía aliviaría a la isla de temores inmediatos de un ataque imprevisto de Pekín y permitiría la creación de lazos económicos directos con el continente. Pero causaría inmediatamente un levantamiento político interno. La desconfianza y la hostilidad que han dividido a los gobiernos de Pekín y de Taipei durante sesenta años siguen siendo muy fuertes... el cisma fundamental no ha variado con el paso de las generaciones.

VIII

LA ALTERNATIVA FINAL PARA TAIPEI EN SU TRATO CON PEKÍN consiste en adoptar una política intermedia entre la primera y la tercera opción; es decir, reducir las tensiones y extender los contactos, aún los informales, con la China Popular, sin iniciar de inmediato unas negociaciones oficiales. Hasta cierto punto, ésta fue la política seguida por Taipei entre 1981 y el verano de 1984.

Esta política podría estar caracterizada por lo siguiente:

- Un movimiento gradual de alejamiento del objetivo de "reunificación de la China bajo los Tres Principios del Pueblo". La cuestión política central ya no radicaría en si Taipei debería conversar con Pekín, sino en cuándo y cómo hacerlo, protegiendo a la vez sus intereses esenciales. Los dos lados podrían inclusive iniciar charlas directas aunque informales, en particular sobre el tema de la situación futura de Taiwan en yuxtaposición con la China continental. Taipei podría mostrarse más flexible en cuanto a su condición en los foros internacionales, desplazándose gradualmente del modelo del Banco Asiático del Desarrollo hacia el de los Juegos Olímpicos con respecto a su reconocimiento, ampliando sus relaciones culturales y económicas con países con los que no mantiene lazos diplomáticos, y apuntalando su sostén político en Washington.
- Una disminución de las tensiones existentes entre los dos lados mediante un debilitamiento de su hostil propaganda y de operaciones provocadoras contra la China continental por parte de la milicia y la inteligencia; la reducción gradual de las restricciones al comercio directo, la circulación de correo y pasajeros, y el estímulo a los contactos de "pueblo a pueblo", así como el intercambio de estudiantes, manteniendo a la vez un ejército bien entrenado y equipado y continuando con la importación de ciertas armas. La estrategia básica para la seguridad podría variar razonablemente de su actual consigna de "recuperar el continente" a la de desterrar eficazmente la invasión militar.
- La perseverancia en el proceso de pluralización y "taiwanización", y la suspensión de la ley marcial.

Dos condiciones básicas deben darse para la adopción de esta alternativa política: internamente, el acceso al poder de un grupo liberal con amplio apoyo popular, dentro del cual los tecnócratas pueden representar pa-

peles importantes en la creación de políticas; externamente, la continuación del programa de reformas y de la política de "puertas abiertas" de Pekín, y un enfoque moderado con respecto a Hong Kong y a Taiwan.

Estas medidas cambiarían la débil posición de Taiwan: reducirían la posibilidad de un ataque militar por parte de Pekín y darían tiempo a Taipei. Crecería gradualmente el entendimiento mutuo y se crearía una atmósfera favorable para unas negociaciones formales.

Esta opción no socavaría la autonomía de la isla, ni su postura internacional, puesto que Taipei no se vería obligada a prometer nada específico. Podrían crecer un tanto las tensiones políticas internas, de mostrarse reacios a las políticas flexibles los conservadores del Kuomintang. Pero no aumentaría sensiblemente la inseguridad de la isla, el Dang-wai encontraría pocas oportunidades para desafiar al gobierno y el proceso continuado de la taiwanización erosionaría la posición del movimiento independentista TIM.

La expansión de intercambios culturales y económicos entre Taiwan y la China continental reforzaría los vínculos existentes entre sus respectivos habitantes, especialmente en los círculos intelectuales y empresariales.

El programa de mejoramiento y sustitución de su estructura económica debe ser también fortalecido por Taiwan. La isla estaría en capacidad de transferir más recursos de su plan de defensa hacia la construcción económica, especialmente con relación a grandes proyectos de inversión a largo plazo y alta tecnología. Haría ciertamente crecer la confianza en los negocios e induciría mayormente a que los taiwaneses más instruidos regresaran a la isla. También proporcionaría a los empresarios de Taiwan una ventaja sobre las compañías extranjeras dispuestas a hacer negocios en el continente.

Taipei podría gozar de contactos internacionales más amplios e incrementar su participación en diversas organizaciones internacionales. Existe la probabilidad de que algunos en Pekín saquen provecho de estas modificaciones en la política de Taipei para empujarla a hacer mayores concesiones. Y, por supuesto, Pekín podría continuar presionando a Washington para que revocara el Acta de Relaciones de Taiwan y redujera rápidamente sus ventas de armas a la isla. Pero estos intentos perderían fuerza ante una disminución de las tensiones entre Pekín y Taipei, y a medida que se calmaran los temores de China Popular sobre la posibilidad de una declaración de independencia por parte de Taiwan. A la larga, estas políticas modernas crearían un ambiente favorable para la reunificación pacífica de la isla y la China continental.

Tomó treinta años a Pekín cambiar su objetivo de "liberación de Taiwan" por el de "reunificación con Taiwan". Tomó aún más tiempo a Taipei reaccionar ante un cambio tan fundamental, modificando su actitud de "recuperación de la China continental" por la de "reunificación con la China continental bajo los Tres Principios del Pueblo". El tiempo y un enfoque sensato de las cosas por parte de ambos lados, llegarán a permitir progresos aún mayores hacia la reunificación pacífica.

Foreign Affairs, Ed. Verano 1985.